

ADELANTE

PERIODICO REPUBLICANO

Año VI

Organo Regional del Partido Agrario Español

Núm. 228

Fundador-director: Alfonso Castells G.^a-Rabadán ☉ Valdepeñas 25 de Junio de 1935 — Redac. y Admón.: Esperanza, 19. ☉ Redactor-Jefe: Tomás Díaz-Sánchez

Por fin se va a regular la Beneficencia Municipal. Hora es ya de que se acabe el despilfarro, y de que los concejales, olvidando la política, defiendan los intereses del pueblo.

Dimisiones

CHISPAS

Don Aurelio «el Grande»

El momento político local ha llegado a su punto álgido. De una parte los discutidos nombramientos de los gestores agrarios; de la otra, acaso la más interesante aunque menos discutida, las dimisiones por etapas de los representantes de la C. E. D. A. Ocupémonos de ésta última, ya que habrá tiempo de hacerlo de la primera.

Las dimisiones de los *cedistas* son algo, a nuestro juicio improcedente, que está fuera de lugar y de tiempo. Cierzo es que debieron dimitir, no ahora sino hace mucho tiempo, como debieran hacerlo la mayoría de los concejales, si atentos estamos únicamente a la menor competencia indispensable para llegar a una labor útil; pero no hecho esto y conllevado el ridículo y la impopularidad durante sesiones y sesiones, no es ahora precisamente el momento de plantear cuestiones políticas que, beneficiando la táctica de un partido, pueden perjudicar los intereses legítimos de un pueblo.

Las dimisiones de la C. E. D. A., repetimos, están fuera de lugar y de tiempo. ¿Que causas concurren hoy que no existan hace meses?: ¿Administración deficiente? ¿Política negativa? ¿Favoritismo solapado? ¿O una denuncia extemporánea, falta de razón, por la forma deficiente en que se provoca? Ningunas son causas que justifiquen hoy, por no justificarlo ayer, esas dimisiones colectivas y por etapas de los representantes de la C. E. D. A.

Hablamos en serio. Este concejal de la *cachocha* es el tío más grande, que hemos conocido. Después de haberle oído en la sesión del día 14, su figura se agigantó en un cien por cien... — ¿Qué cultura ni que niño muerto? — dijo poco más o menos el *estudiante* don Aurelio. ¿Pa que sirven estas cosas?

Y al decir esto, sus miradas, más afirmativas que interrogantes, las *repartía* entre algunos compañeros de concejo...

— ¡Camiones con libros! — seguía perorando. ¡Que se estrellen! ¡Y que se muera el que sepa!...

Ahora comprendemos como tiene este hombre una salud a prueba de bomba...

Como todas las intervenciones de este edil fueron siempre, por desgracia, tan fugaces como fugaces fueron sus grandes pensamientos, aún no pudo clasificarse entre sus compañeros de más valía. Pero ya sí... ahora podemos decir que es el más grande, el más claro, y también el más sincero... Y el que comprenderá mejor... Y el que será más comprendido...

A la Universidad se va a aprender, y al municipio de Valdepeñas vamos a conocer, y aunque esto sea un continuo carnaval, más coplero que bromista, ya conocemos a todos, aunque lleven careta de raso... Nos faltaba D. Aurelio... y vemos que no hace mal papel...

¡Atrás la cultura! Si no lo dijo Alfonso X «El sabio» lo afirma el señor Rodríguez. Si uno escribió las «Siete Partidas» el otro es concejal del Ayuntamiento de Valdepeñas... No sabemos quiéñ tendrá más mérito: si aquél por escribir una cosa que no todos comprenden, o éste por afirmar lo que siente con todas las fuerzas del alma.

¡Paso a don Aurelio «el Grande»...

Zoni

Un peligro

Según me informan de buena fuente —yo no he leído nada en estos días— se ha descubierto en Iñi una nueva planta, no catalogada, por tanto, en la flora conocida, y a la que se ha bautizado con el eufónico nombre de *Lerrouxia iñiana*, en honor del jefe del Gobierno.

La planta en sí no es cosa mayor. Si no me engañan mis informadores, se trata de una especie de gènavé africano, al que le ha ocurrido lo que a muchos personajes republicanos de nuestros días: que, de la desolación de su insignificancia, pasan de golpe y porrazo a llamarse nada menos que *Lerrouxia*, y ocupan los primeros planos de la pantalla de la Actualidad.

A mí no me molesta que a don Alejandro Lerroux le dediquen un gènavé; pero sí me alarma que se emprenda un camino tan peligroso para la claridad de la Ciencia.

Hasta ahora los políticos se habían contentado con invadir con sus ilustres nombres calles y plazas, avenidas y parques. Un busto, una lápida, una sencilla placa de esmalte, cuando no había posibles para más, serían la consecuencia leve de la invasión que comentamos. Cundiò también la moda de dedicar a la genticilla política grupos escolares, colonias de casas baratas y otras obras de urbanización; y aún había mucho que hacer en este sentido, pues, por ejemplo, que nosotros tengamos noticia, todavía no se ha dedicado a ningún jefe de partido ni uno solo de los muchos evacuatorios públicos que a todo lujo poseen ya nuestras grandes ciudades; y es lo cierto que, adecentados como están, provistos de agua corriente, lavabo y otros servicios, no había por qué excluirlos de esas dedicatorias para los patricios que las merecieran.

Ya que esto no se hizo —sin duda porque no se cayó en la cuenta—, se aprovecharon los sellos de correo para sacar a relucir gente y fomentar las aficiones filatélicas.

Apresurémonos a afirmar que tales homenajes merecen nuestro aplauso. La humanidad es como es, y si hay quien ve satisfecha su vanidad y quien llena sus aspiraciones de gloria dando

su nombre a una farola o a un evacuatorio, nos parece una crueldad negar la felicidad de un prójimo, cuando podemos otorgar a precios tan módicos.

Pero todo tiene un límite. La ciencia debe ser recinto sagrado, coto vedado a los caudillos políticos. El letrero de «Se prohíbe la entrada», debe contener al osado jefe de minoría que pretende pasar; para ellos están las esquinas, las plazas, las avenidas, los sellos de correo; en último término, ahí tienen la historia que los pondrá por las nubes, si la escribe un amigo efetuoso y agradecido. Pero, la Ciencia, no.

Si el nuevo procedimiento laudatorio se extiende, imaginaos la catástrofe. Mañana entran las izquierdas, y Azaña se dedica, y no se contenta con menos, la Estrella Polar; viene Maura, y hace que su nombre latinizado —*Maura Gamazus*— sustituya al *Boletus ignarius*, que es uno de los hongos de donde sale la yesca; el *mastuerzo de prado*, que ahora, según los botánicos, se llama *Cardamine pratensis*, se llamará, a lo mejor, *Marcelinus Dominguae*; el cenizo, se lo apropiará cualquier Casares Quiroga... Y la Historia Natural estaría a expensas de la pasión y del rencor político; y por dar en los ojos a las izquierdas, las derechas cometerían la avilantez de quitar el nombre de *Marcelinus* al *mastuerzo de prado*; y, lo mismo que buscan el desquite en el campo de Mestalla, serían capaces de rebajar a Azaña la Estrella Polar, para dársela a Gil Robles; todo por hacer la Pascua y por quedarse encima.

La Botánica, la Zoología, la Astronomía... la ciencia toda, sería un lío mucho mayor de lo que ya es. Hasta la Matemática, tan seria, sufriría este desbarajuste, y sería horrible que el Algebra del porvenir nos reservara el desarrollo del binomio de Victoria Kent o de Urraca Pastor.

Porque vemos estos peligros —¡pobres futuros bachilleres!— protestamos contra el nombre de *Lerrouxia Iñiana* que se ha dado, según mis informes, a un gènavé africano.

Martin-Roca